

PRIMERA PARTE.

Nada hay tan natural al hombre como el amor à la virtud, dotado de un espíritu con propension innata à lo verdadero y à lo bueno, constantemente aspira à la posesion de estos objetos, y no se cree feliz hasta no haberlos conseguido segun su estimacion; pero en ninguna cosa està mas expuesto à equivocarse, por la ilusion de sus pasiones, y por los vicios de nuestras sociedades. Las hermosas teorías que nos han dejado los filósofos, y las brillantes descripciones transmitidas en sus luminosos escritos, hacen amable la virtud en toda situacion, y la hermosura rara de esta matrona respetable, arrastra sin violencia la veneracion y el aprecio del corazon mas corrompido. Pero qual es el culto que se le tributa en la practica? quales los efectos que producen en el orden moral unas ideas tan bellas?

Un enigma Señores es el corazon de los hombres, y sus caminos tan tortuosos como inescrutables. Esta misma virtud à quien se prodigan los encomios mas grandes, y las adoraciones mas profundas, se vé desfigurada por unos, con el odioso trage y màscara del vicio, ò pisada y hollada por otros, hasta el último grado del desprecio, de la abyeccion y abatimiento; forjando los primeros las ideas de virtud à su placer, y descono-

ciendo los segundos, toda otra obligacion que no provenga de la utilidad y el deleite. ¡Desgraciada condicion de los mortales! parece que el espíritu de error con que amenazò Dios en otro tiempo, à los Profetas, se ha extendido yà à todos los hombres, y que por una ceguera voluntaria, corren precipitados à su ruina, arrojando gustosos la antorcha de la revelacion, y el dulce yugo de la ley.

De tamaños desbarros se viò libre por las misericordias del Señor, nuestro respetable Prelado. Prevenido con las bendiciones del Cielo, é inclinado por genio à la sinceridad y rectitud, manifestó desde sus tiernos años en la pureza de costumbres, y en su probidad sostenida, la discrecion de un hombre que juzga con acierto de la bondad moral; sin que lo extravien los prestigios de la passion ò la ignorancia.

La Villa de Espronceda del Reyno de Navarra, en donde viò la luz nuestro Príncipe el dia 8 de Mayo de 1752, admirò en él reproducidas la honradez y virtudes de sus amantes Padres, cuya notoria caridad habia convertido su casa, en asilo comun de los indigentes del Pueblo. Las ciudades de Viana y de Pamplona reciben los primeros frutos de su aplicacion à las letras, y à pesar de su mèrito que lo eleva sobre sus condiscipulos, y le concilia el tierno afecto de sus maestros, no se le

distingue entre aquellos, sino por su mayor empeño en los estudios, por la extencion y brillantéz de su talento, y por un noble zelo en el exacto desempeño de sus obligaciones. Desde los primeros años de su juventud, todo cedió à las luces de su espíritu, tan penetrante y laborioso, como circunspecto y detenido. Asi comenzaba una carrera, cuyos resultados debian ser tan felices; semejante à estos rios que se estienden à proporcion que se retiran de su origen, llevando à todas partes la fecundidad, el gozo y la abundancia.

Como desde niño habia ganado su alma el temor santo del Señor, y su juventud se ocupaba del constante ejercicio de las virtudes religiosas; miraba el ministerio del altar y sus augustas funciones, como las mas análogas à los afectos de su espíritu, y con tales resortes su vocacion al Clericato fué siempre inalterable y decidida. Estos vivos deseos quedaron en gran parte satisfechos, quando recibió la primera tonsura, y por oposiciones formales se le nombrò beneficiado de San Sol, y del Busto en el mismo Reyno de Navarra. ¡Que no puede Señores para hacer la felicidad de los hombres el juicio y la virtud, quando las acompaña el ingenio y el trabajo continuo! no hay dificultad que no se venza, obstáculo que no se allane, ni embarazo que no se remueba con tan poderosos agentes: todos prestan la mano y sus auxilios,

estimando felices sus gastos é inversiones con tan interesante objeto. Asi fué que el virtuoso y sabio jurisconsulto D. Nicolás Crespo, Provisor y Canònigo de Cuenca, tio materno de nuestro Prelado, admirando su juicio prematuro, la docilidad de su caracter, su sensatéz y consecuencia superior à su edad, y su adhesion constante à la virtud, se deja arrebatado del placer que necesariamente inspiran tan relevantes cualidades, quando las contempla en un jòven que le tocaba tan de cerca, y à quien naturaleza concedió una hermosura varonil, y lleno del mas sincero júbilo lo toma bajo su proteccion, lo ama con la ternura de un verdadero Padre, lo hace depositario de sus mas intimos secretos, y nada le escasea de quanto pueda conducir à una educacion fina y esmerada en el òrden civil y religioso.

Oh fuerza irresistible de la verdadera virtud, tu llamas la atencion de un sabio rodeado de negocios, y doblas su caracter austero, para igualar las afecciones de hombres muy desiguales en su rango y edad; y tu inspiras una ciega confianza aun de la juventud inexperta, quando haces que su juicio madure con anticipacion à sus años, y olvide las distracciones frívolas que por lo general ocupan esta edad inconstante.

Asi se vió que en Alcalà, donde hizo sus estudios mayores nuestro amado Pastor, logró la es-

timacion y aprecio de sus maestros y superiores, y la consideracion y amistad de sus iguales. Franco sin ligereza, grave sin afectacion, sencillo en sus acciones, seriamente empeñado en el cultivo de su espíritu, y con un corazon tranquilo y puro, libre del desarreglo que causan ordinariamente las pasiones, su aprovechamiento en la virtud era notable, y los agigantados pasos de su carrera literaria, eran del mayor lustre y brillantez. Recibe en aquella Universidad célebre los grados menores y mayores en la Sagrada Teologia, y prepara su ascenso al Sacerdocio con la mas profunda humildad; intimamente persuadido, que el corazon y labios de un digno Sacerdote, deben ser los custodios de la ley del Señor, y de la ciencia de los Santos. Su espíritu noblemente despreocupado, abrigaba una virtud sólida y verdadera, que sin fanatismo ni impiedad, tributase al supremo hacedor del universo, el sincero omenage del culto y adoracion profunda que le es debido, dándoles su lugar correspondiente à las prácticas religiosas introducidas por la piedad cristiana.

Que dilatado campo se presenta à mi vista; para tratar un punto de la mayor importancia en nuestros dias, y que si fuera permitido sin la nota de digresion inoportuna, lo tocara de paso. Hablo de este prurito de censurar abiertamente, y acaso tambien de detestar prácticas religiosas, cuyo

origen se pierde en la remota antigüedad, y cuya conducencia en muchas para fomentar la virtud, no es menos conocida que cierta, para las almas santas que se han aprovechado de ellas. Es verdad que San Pablo no pone el ejercicio de la piedad cristiana, en las prácticas que cada uno se forma, sino en la santificacion del propio estado; pero tambien es cierto, que las aprobadas por la Iglesia, ó permitidas con su conocimiento merecen nuestra veneracion, y son de una importancia que no es facil destruir con el gracejo y el sarcasmo.

Una autorizacion tan venerable, obliga à despreciar esos clamores infundados de un siglo vanamente sutil, à quien es fastidioso todo lo que molesta y mortifica, todo lo que no aaga ó à lo menos tolera sus pasiones; porque quiere se peque con razon, que la debilidad se autorize con máximas, y que tantas almas insensatas busquen el reposo de su espíritu, en el naufragio de su fé. Un Agustin y un Saulo, que aunque nunca rayaron en semejante grado de impiedad, fueron perseguidores de la Iglesia, podrian manifestarnos la cadena de males y desgracias, que arrastra inevitablemente tan odioso sistema; y grandes como fueron en su saber y en sus errores, descubriremos los tristes resultados de esta filosofia mal entendida; prestando al mismo tiempo un testimonio irrefragable de la mas profunda sumision, y de la

obediencia más filial à la autoridad de la Iglesia.

Previo muy bien nuestro Prelado, los fatales escollos, de esta crítica audaz y maliciosa en materias de religion, que tanto se blasona en el dia; que comienza por censurar las prácticas de piedad, se abanza à reformar la disciplina, y acaba por atacar el Dogma. Muy convencido estaba de que esta curiosidad sutil, inseparable compañera de la vanaciencia de este mundo, hincha y ensoberbese el corazon, puesto que no se reúne con la caridad que edifica; y penetrado à fondo de la verdad incontestable de nuestra Santa Religion, que lejos de huir las discusiones de sus mas decididos enemigos, quiere ser vista à todas luces y que se le exâmine escrupulosamente, como esto sea de buena fè y con la imparcialidad de un buen juicio, formaba sus delicias en los libros que fomentasen su virtud, y lo asegurasen mas y mas, sobre la piedra firme en que estaba fundado; en libros que enseñasen con demostraciones evidentes la credibilidad del Dogma, y que no pretendiesen alcanzar la profundidad de unos misterios, que las celestes inteligencias se contentan con adorar sin comprenderlos.

Por esto fué, que à consecuencia de su literatura tan escogida como basta, y de haberse formado con su auxilio un gusto delicado en las producciones científicas; prefirió siempre lo útil à

lo gustoso y deleitable, y la solidez al brillo efímero. Constantemente dedicado à estudios serios, que le allanaban el camino al solio Episcopal, y le servirían algun dia para llenar las atenciones de un Prelado Eclesiástico; nunca dejó el estudio de las santas Escrituras, ni le faltaban de la mano los Teólogos mas sabios, los Expositores mas célebres, los Canonistas de mas nombre, y los historiadores que mas se distinguieron en su linea: ni podría esperarse otra cosa de un juicio sólido y varonil, que no se alimentaba de ilusiones y frivolidades pueriles; de una aplicacion à los libros asidua y prolongada con placer, hasta los últimos dias de su existencia; de un conocimiento por último tan profundo y discreto del corazon humano, que lo hizo abandonar desde jòven todos los deleytes sensibles, que hacen tan peligrosa como dulce la primavera de la vida.

Porque no creais Catòlicos, que el hombre solo se deje dominar de la intemperancia de la carne; la intemperancia del espíritu es aun mas lisonjera, puesto que sin motivos de rubor para manifestarse qual es, en medio de la sociedad mas respetable, aspira à los elogios y consideraciones de los sabios, que à fuerza de vigiliass y tareas han perfeccionado su espíritu, é ilustrado las ciencias para bien general de los hombres. Laudable ocupacion y digna de un reconocimiento eterno,